



ANNA Y ELIAS

**A la orilla del
tiempo**

*Algunas veces el
tiempo parece
detenerse para que
dos vidas se
encuentren.*

Anna y Elías, a la orilla del tiempo, es una ficción romántica, para ser leída y escuchada despacio; un relato sobre lo que puede suceder cuando el pasado y el presente se rozan.

PROLOGO

Hay historias que no empiezan cuando se cuentan.

Tienen su origen mucho antes, en un lugar invisible de nuestra conciencia.

Esta es una de ellas.

No nació en un instante preciso, ni en un día señalado, sino en esos pequeños momentos que pasan desapercibidos y, sin embargo, lo cambian todo.

Ana y Elías.

Dos nombres sencillos, como suele ocurrir en las historias verdaderas.

Este no es solo un relato sobre ellos, sino sobre lo que ocurre cuando el alma reconoce algo que no sabía que estaba buscando.

Aquí encontrarás el paso lento del tiempo, la memoria que se queda, y esas emociones que, de manera silenciosa, nos transforman.

Tal vez, al leer esta historia, encuentres algo que también te pertenece.

Porque hay encuentros que no son casuales.

Y hay historias que, de alguna forma, también nos estaban esperando.

CAPÍTULO I

Las ruedas del destino se van acomodando. A veces en silencio, otras con el estruendo de lo inevitable. Lo cierto es que nada ocurre por azar, aunque nos empeñemos en llamarlo coincidencia, porque mientras creemos elegir, algo más antiguo y profundo mueve los hilos.

Cada paso, cada ausencia, cada recuerdo nos conduce hasta un punto exacto y las historias que creíamos perdidas en el tiempo, regresan para reclamar su lugar.

Este no es un comienzo cualquiera. Es el momento preciso en que todo empieza a encajar y el inexorable destino se va preparando para el encuentro.

Noche invernal de viernes bogotano.

El viento frenético chocaba con los grandes ventanales del auditorio de la Universidad Javeriana.

Afuera en los jardines y avenidas llovía y el frío erizaba la piel de los transeúntes que apresurados buscaban refugio en los automóviles o en el interior de pasillos y aulas, que a esta hora eran un hervidero de estudiantes de diferentes facultades, que se agolpaban a la entrada en largas filas para ingresar, a las dos conferencias proyectadas tiempo atrás para esa noche.

Las ponencias de los expertos coincidieron debido a un error en la programación.

Nada que hacer.

Las directivas de la Universidad, en un esfuerzo para que esta importante agenda saliera bien, decidieron dividir el gran auditorio en dos recintos con un panel que los insonorizara e instalaron equipos, tarimas y sillas lo mejor que pudieron, en un tiempo récord de apenas un día.

Los conferencistas desconocían la situación y los encargados de la organización confiaban en poder solucionar a tiempo los inconvenientes para que las dos exposiciones, ambas de suma importancia, pudieran presentarse sin contratiempo alguno.

Estaban programadas para las 7:00 de la noche y eran las 6:30, cuando las Dras. Anna Prado y Clara Martínez, reconocidas biólogas moleculares y doctoras en ciencias exactas, bajaron del nissan negro en el parqueadero norte y agarradas del brazo recorrieron a saltitos el patio de cemento hasta llegar a los amplios corredores, donde se detuvieron para revisar que sus zapatos no estuvieran manchados de fango.

Anna y Clara se conocían desde el tiempo de estudiantes, cuando llegaron asustadas a la habitación de una residencia estudiantil, con sus escasas pertenencias, sin conocer a nadie, sin un peso en los bolsillos y sin apellidos importantes que las respaldaran, pero eso sí con grandes sueños y la férrea voluntad de ser las mejores de su clase.

Provenían de familias pobres y de diferentes ciudades: Anna nació en un pueblo olvidado del Quindío, perdió a su madre, su único apoyo siendo muy joven y logró concluir el bachillerato con enormes dificultades y Clara venía de Cali, de una familia numerosa y de escasos recursos, que nunca tuvo tiempo ni dinero para invertir en ella y su educación.

Anna y Clara llegaron a la Universidad con varias cosas en común: Estaban por su cuenta y no contaban con apoyo económico, pero pese a las circunstancias adversas habían obtenido los

mejores puntajes en las pruebas de sus departamentos y becas para acceder a sus estudios superiores y, apasionadas por la ciencia, aplicaron para el programa de biología.

Desde el primer día de estudios cultivaron una amistad de esas que perdura en el tiempo y nada ni nadie puede romper, compartieron dificultades y logros y abrazaron el mismo fervor por la ciencia.

Clara era risueña, desenfadada, rumbera y un tanto desordenada, mientras que Anna severa, ordenada y completamente apegada al plan trazado, rayando en psico-rígida, según le decía su amiga cuando quería exasperarla un poco.

Clara no era muy buena con la oratoria, pero Anna se desenvolvía con la cátedra de una manera perfecta; nació para transmitir conocimientos, por lo que generalmente era la que explicaba los proyectos en los eventos públicos.

CAPÍTULO II

A veces, la vida no anuncia los momentos más decisivos, simplemente los dispone con una precisión silenciosa.

Cada paso, esta noche, acercaba a Anna y Elías a un instante que ya no podía postergarse.

Todo parecía transcurrir con normalidad: Las luces, las voces, la rutina de lo previsto. Y, sin embargo, en algún lugar—invisible, inevitable— algo comenzaba a ordenarse.

Porque hay encuentros que no se buscan, pero tampoco pueden evitarse. Y este, estaba a punto de suceder.

Esta noche, esta noche era especial, un logro conjunto, porque Anna y Clara adelantaban una importante investigación que expondrían ante un grupo selecto de estudiantes, jóvenes promesas de la ciencia.

A paso seguro recorrieron el pasillo que las separaba del auditorio donde en contados treinta minutos tendría lugar la conferencia, pero en tanto avanzaban se daban cuenta que algo no estaba bien.

Anna notó con molestia un barullo inusual, un ir y venir frenético del personal de mantenimiento que movía paneles, acomodaba sillas, tendía cables y visiblemente dividía un auditorio que ella consideraba debía ser para su uso exclusivo.

Muy disgustada le dijo a Clara:

—Por favor, ve a averiguar de que se trata todo esto mientras yo instalo el material que vamos a exponer; yo creí que utilizaría para mi conferencia todo el auditorio y veo que lo están dividiendo y eso no me gusta.

Anna, como buena científica odiaba la impuntualidad, el desorden y todo aquello que altera los planes que tenía trazados.

Pasados unos minutos que le parecieron una eternidad Clara regresó con noticias desalentadoras. Respirando agitada le dijo a Anna con un tono serio y un tanto preocupado:

—Algo pasó y programaron a esta misma hora la conferencia de un historiador sobre la concepción del alma en la antigüedad o algo así. Eso entendí.

—Por eso tuvieron que dividir el auditorio.

Clara conocía de sobra el temperamento explosivo de su amiga.

Y en efecto aquella explotó manifestando su enojo:

—No es posible, esto es una irresponsabilidad. ¿cómo pretenden que presente nuestra ponencia en estas condiciones? ¡No puedo creerlo!

Visiblemente disgustada, caminó rápidamente hacia el atril donde tenía dispuesto su ordenador y comenzó a empacarlo junto con los apuntes en un fino maletín de cuero color borgoña que había comprado en París en su último viaje, mientras vociferaba:

—De ninguna manera voy a compartir auditorio con un charlatán.

Clara no respondió, se mantuvo quieta, paralizada a su lado.

Sabía muy bien que contradecirla en esas circunstancias era contraproducente.

Calculó cada palabra, sus movimientos, respiró profundo y lentamente se le acercó, expresándole con voz pausada, casi en un susurro:

_Anna, amiga, tú no eres así. Mira a tu alrededor. ¿Sabes cuánto tiempo esperaron esta conferencia estos jóvenes estudiantes ávidos de aprender?

Ambas se quedaron un momento en silencio.

Clara observó atentamente a su amiga, hizo una pausa, respiró profundo y entonces supo que podía continuar, apelando a ese inmenso amor por la ciencia que las unía.

_¿Sabes cuándo podrán acceder a los conocimientos que hoy les podemos transmitir?

Por un momento el silencio entre las dos fue como una pesada cortina que las separaba; Anna permanecía quieta, con los labios apretados, sin siquiera pestañear.

Y Clara continuó con voz segura y profunda:

_Muchos de ellos son como éramos nosotras. ¿Lo recuerdas? Enamoradas de la ciencia, sedientas de saber más, sin dinero, pero con grandes sueños.

CAPITULO III

Hay decisiones que parecen insignificantes y sin embargo sostienen el peso de lo inevitable.

Mientras Ana y Elías continúan sus caminos sin haberse visto, algo —leve, persistente— comienza a entrelazar sus pasos en un punto que ninguno ha elegido del todo.

No hay señales claras, ni certezas, solo ese movimiento silencioso del destino que avanza sin pedir permiso...

Anna y Clara estaban frente a frente, silencio.

Clara no se detuvo, continuó con sus argumentos, porque entendió que había ganado un terreno valioso y que no podía retroceder.

Apoyó su mano cálida sobre la de su amiga y le expresó con voz emocionada:

—Abí, sentados, escuchándote con admiración, están los científicos que continuarán nuestro legado y que lo transmitirán a otros después de ellos.

Clara midió cada palabra, mientras su mano rozaba con delicadeza la de Anna que se mantenía aún en la cerradura del maletín de cuero que ya contenía el ordenador y los apuntes.

Para convencer a su amiga, abarcó el auditorio muy bien iluminado y casi lleno, con un amplio movimiento de su brazo y le dijo firmemente:

—Amiga, bien vale la pena un pequeño sacrificio.

—Además, no está tan mal.

—Mira, el auditorio es bonito, los encargados de mantenimiento han hecho su mejor esfuerzo y todo ha quedado muy bien, vamos amiga, no lo echas a perder, hazlo por estos muchachos... y por mí.

—Olvídate del charlatán de la otra sala, no se escucha nada desde aquí.

Un destello en los ojos de Anna le permitió a Clara saber que había ganado, supo que sus palabras habían tocado el corazón de su amiga y esta vez, sólo esta vez, había logrado que alterara su método, su programa, el plan rígido que gobernaba su vida.

Anna levantó su hermoso rostro, miró a su alrededor y sintió empatía por todos esos estudiantes que corrían sonrientes e ilusionados con sus morrales y sus ordenadores en la mano, de un lado a otro, buscando el mejor ángulo para escuchar la tan esperada conferencia y con aquellos jóvenes de mantenimiento que, sudorosos, se retiraban a los rincones satisfechos de haber hecho, en tan poco tiempo, lo necesario para que la conferencia pudiera presentarse.

Fue apenas un momento, un relámpago que le trajo a la memoria recuerdos de su época de estudiante ávida de conocimientos, sin dinero, pero con grandes sueños y como una autómata su mano se deslizó al cierre del maletín de cuero, lo abrió, extrajo nuevamente su ordenador, respiró profundamente, se ajustó sus gafas y se dispuso a dar la última revisión a las diapositivas previamente preparadas, constatando que todo estaba en orden: Cadenas de ADN, secuencias de proteínas y gráficos sobre la replicación celular.

Eran las 7:00 de la noche en punto.

Anna pensó, mientras avanzaba con paso firme hasta el podio:

(Este es mi terreno, el mundo donde todo tiene un orden y un método. Hora de sembrar en estos jóvenes la semilla del conocimiento).

Respiró profundo y saludó al nutrido público, con la confianza de quien domina plenamente el tema.

_Buenas noches.

Una ovación cerrada la recibió desde todos los rincones de la sala de conferencias.

CAPÍTULO IV

Aquí no hablaremos solamente de la infancia de Anna, sino del amor y las dificultades que la precedieron.

Cuando escucho relatos que me sobrecogen, no dejo de pensar que somos apartes del mismo libro escrito en distintas vidas, con la tinta invisible de los siglos; que nuestra historia no empieza en la infancia, se remonta a nuestros antepasados y sus vidas marcadas por ausencias, pérdidas y por la costumbre de resistir en silencio.

En la niñez se siembra el miedo al amor y la renuncia voluntaria a todo aquello que no encaje en nuestro universo particular.

Pero al mirar atrás podemos vislumbrar las grietas en las vidas de nuestros ancestros, marcadas por las decisiones que tuvieron que tomar para sobrevivir.

Entender nuestro presente a veces exige volver atrás, a esa vida anterior donde el destino empezó a escribir, con mano paciente.

La madre de Anna alguna vez le contó que contrajo matrimonio porque el abuelo, un viejo recio y terco se lo exigió. No quería una solterona en casa y ella tenía la vergonzosa edad de treinta años, así que los prospectos de marido realmente escaseaban.

La casó con un hombre de una buena familia, porque el apellido era muy importante en aquella época, pero no tuvo en cuenta que era un borracho inútil a quien sus parientes despreciaban por su bochornoso comportamiento, dilapidar su herencia y matar de sufrimiento a su madre.

El papá de Anna no solamente carecía de dinero, sino de entusiasmo para trabajar; nunca hizo nada de provecho, siempre vivió a expensas de su familia hasta que su mamá murió y lo echaron a patadas de la casa paterna, sin un centavo y con su ostentoso apellido como único capital, que la verdad de poco le servía.

Pero bueno, por obra quien sabe qué artilugio del destino, su nombre bastó para tener la aprobación del abuelo que le dio en matrimonio a su hija solterona, en gran parte para deshacerse de ella.

La madre de Anna era una mujer trabajadora y sumisa, hermosa, pero triste, muy triste.

Había perdido a su mamá siendo apenas una niña y quedó encargada de tres hermanos mayores y tres menores, un padre machista y amargado y todos los deberes del hogar en una finca cafetera, donde tenía que cocinar para varios peones, alimentar cerdos y gallinas, ordeñar dos vacas y por si fuera poco lavar en el río cercano la ropa de esa horda de sucios y atenidos hermanos que en nada le ayudaban.

No era de extrañar que su vida fuera un infierno, que tuviera que callar mil abusos, sin tiempo siquiera para aprender a sonreír ya que su único universo conocido era la cocina, un recinto gigante en la casa campestre del abuelo donde su vida transcurría gris y silenciosa entre ollas apiladas en los rincones y bultos de granos cosechados por sus abusivos hermanos.

Ese, años más tarde, fue también el espacio sagrado de Anna, cuando el destino con sus artimañas las devolvió de un empujón a la casa paterna y entre tarde y tarde, su madre le contaba

la historia de su casamiento, de su nacimiento e infancia y la razón por la que tuvo que vivir de niña con su abuelo y tíos en esa vieja casa campesina.

CAPÍTULO V

Mucho antes de que Anna respirara por primera vez, cuando aún era apenas una posibilidad suspendida en el misterio del tiempo, la vida ya tejía con paciencia los hilos invisibles de su historia.

En los gestos silenciosos de su madre, en las decisiones pequeñas y en las renunciadas que nadie percibió, el destino comenzaba a trazar un camino que no solamente la traería a este mundo, sino que la conduciría, sin saberlo, hacia un encuentro inevitable.

Porque hay historias que no nacen con nosotros, sino que nos esperan desde antes, como si el tiempo mismo guardara memoria de aquello que, tarde o temprano, está llamado a suceder.

En aquellas tardes compartidas, la madre de Anna le relataba, con voz apagada y nostálgica, mientras deambulaba de un lugar a otro en la amplia cocina campesina:

_ Fue una boda muy sencilla, tu papá no tenía dinero y tu abuelo consideraba innecesario todo gasto que no fuera comida.

_ Yo no tuve flores, ni vestido de boda, ni invitados, ni banquete, ni viaje de luna de miel, ni nada.

_ Tu papá era chofer de un camión, consiguió en alquiler una casita en las afueras del pueblo.

_ Era un barriecito de invasión construido al borde de una quebrada, un rancho con paredes de esterilla y piso de tabla.

_ ¿Mamá y el abuelo no les ayudaba? Preguntaba Anna, siguiendo con tropecito alegre los pasos de su madre por toda la cocina y aquella, entornando la mirada, respondía con un dejo de tristeza:

- No hija, tu abuelo consideraba que la responsabilidad era de tu papá y el ganaba muy poco, apenas lo necesario para subsistir.

La madre de Anna seguía su relato mirando al infinito, como quien enfrenta viejos fantasmas.

_ Yo permanecía sola la mayor parte del tiempo, porque tu papá se ausentaba largas temporadas en su camión y cuando llegaba, se iba a beber y entonces realmente no lo veía mucho, pero para esa época ya estaba embarazada.

Llegó el inevitable día del parto y la madre de Anna como siempre, estaba sola, pasó el día con incómodos dolores, sin dinero para ir al hospital, esperando la llegada de su esposo y sin ningún medio para avisarle del inminente alumbramiento.

Al anochecer, en medio de un aguacero torrencial a la luz tenue de unas velas, una vecina asistió el nacimiento de Anna.

- ¿Mamá será por eso por lo que le temo tanto a las noches de tormenta? Intervino Anna.

Aún hoy a Anna la sobrecogen los truenos y relámpagos, tal vez porque fue el primer contacto que tuvo con este inhóspito mundo y la lluvia, la primera canción que escuchó en los brazos de su madre; no puede evitar llorar, cuando imagina esa desoladora escena, guardando en su alma la tristeza y la infinita soledad de su mamá.

_ Pero bueno hija, las cosas mejoraron después de tu nacimiento.

Le contaba su madre con una sonrisa de triste resignación dibujada en su rostro aún hermoso, mientras amasaba maíz para las arepas.

-El parto no fue difícil, pero esa noche no pude dormir ni un segundo; no solo para mantenerte caliente en mis brazos, sino para protegerte de enormes ratas que merodeaban por los rincones buscando alimento y protección de la lluvia.

-Amaneció por fin y escampó. Tu padre apareció completamente ebrio y no se dio cuenta que había dado a luz y que ahora teníamos una hija sana y llorona.

Concluyó la madre de Anna, dedicándole una mirada de infinito amor a su hija que interesada en su relato, la seguía como una sombra por la cocina.

Cuando la resaca pasó y el padre de Anna se percató por fin de su nueva y maravillosa condición de padre, depuso su orgullo y buscó a su familia para pedirle ayuda.

-¡No tienes nada que buscar aquí, vete con tu mujer y tu hija, trabaja y no vuelvas a buscarnos!

Le gritó iracundo su hermano mayor, que ahora administraba todos los bienes familiares.

Este nuevo rechazo fue el recordatorio feroz que estaba solo en el mundo, que iba por su cuenta y que sus días de vivir a costa de los demás habían terminado hacía mucho.

Ese repudio alcanzó también a Anna que no tenía nada que ver con la disputa familiar, ni culpa de las decisiones equivocadas de su padre.

CAPÍTULO VI

Por fin parecía posible un nuevo comienzo, la vida sostuvo un sueño breve, pero el huracán del destino no tardó en arrasarlo y así entre la sombra de una ausencia irrevocable, Anna y su madre emprendieron el regreso, llevando consigo el peso de lo perdido y el eco de lo que ya no volvería.

Pasaron quince días desde el nacimiento de Anna y el abuelo por fin llegó a conocerla y ese hombre curtido y duro seguramente se conmovió de ver tanta miseria y en un arranque de generosidad decidió ayudar y los llevó vivir a la casa de una de sus fincas.

-La vivienda no es grande, pero estarán cómodos, en todo caso mucho mejor que en esta pocilga.

Le dijo el abuelo al padre de Anna cuando los instaló en la pequeña vivienda. Apenas una cocina con fogón de leña, una habitación donde los tres dormían calentitos y una salita con dos sillas y una mesa coja.

La cocina estaba separada del resto de la casa por un amplio corredor que daba a un frondoso cafetal.

-Las flores de café perfumaban las tardes tranquilas; no teníamos mucho, pero éramos felices.

Recordaba la madre de Anna respirando profundo con los ojos cerrados.

El abuelo surtió una pequeña tienda y le dijo al padre de Anna:

-Aquí consigues el sustento para que puedas permanecer más tiempo con tu mujer y tu hija y prosperar; puedes vender abarrotes, verduras y toda clase de cosas necesarias a los vecinos y encargarte de tu familia y cuidar de ellos como se lo merecen.

El papá de Anna emprendió con mucho entusiasmo el cuidado del pequeño negocio y empezó a progresar, pero no había manera que faltara el licor y pronto la tienda de abarrotes tomó otro rumbo y se convirtió en una cantina, un lugar de escándalos y problemas, encabezados por él quien era primero en emborracharse y por supuesto, en iniciar la trifulca.

Pero el tiempo transcurría y a Anna y su madre nada les faltaba, se tenían la una a la otra y pasaban todas las horas del día absortas en esa misteriosa relación madre e hija que nadie en este mundo logra entender.

Ese fue el tiempo en que el padre de Anna decidió que era hora de buscarle un nombre a su hija.

En medio de una resaca terrible anunció:

-Resolví que la niña se llamará Esperanza Gertrudis como mi tía abuela.

Dijo, entonando sus palabras con orgullo.

No valieron de nada los ruegos de la madre.

Se marchó al pueblo decidido a inscribir a su pequeña en el registro con ese nombre, pero regresó a los tres días totalmente ebrio.

Se tumbó como un muerto sin decir una palabra, durmió un día entero y cuando despertó expresó con tono compungido:

-Le cambié el nombre a la niña, pero no recuerdo cómo es.

La madre lloraba desconsolada temiendo un nombre horroroso.

Cuando por fin recuperó la lucidez, anunció con satisfacción el nombre que acompañaría a su hija y que desde entonces ha sido su bandera, Anna, mismo que no se ha cambiado en reconocimiento al inmenso esfuerzo mental que tuvo que hacer su padre para encontrarlo, escribirlo correctamente y recordarlo.

Y también porque la verdad, dadas las condiciones, pudo ser peor.

Lo que pasó durante esos tres días fue y seguirá siendo un verdadero misterio.

¿Que hizo que su padre cambiara de opinión y que inspiró el nuevo nombre?

Nunca se supo.

Anna no tiene ni idea remota, aunque sí algunas teorías dada la naturaleza de su padre y piensa:

-Es posible que al llegar al pueblo mi padre se haya internado en la primera cantina que encontró a su paso antes de ir a registrarme con el nombre que tenía escogido.

-Allí siempre había muchachas nuevas, recién llegadas de otros pueblos, coperas como les decían despectivamente en ese tiempo, que con sus zalamerías y mañas entretenían a los clientes y les sonsacaban hasta el último centavo.

-Tal vez allí encontró a alguna exótica rubia de hermosos ojos color miel, cuerpo seductor y sonora risa alegre que fue quien le inspiró mi nombre, digno legado además del prestigioso apellido que de bien poco me ha servido.

Cuando hablaba del tema, no podía evitar expresar un rencor escondido, disfrazado de ironía.

Pero en esa época la vida era buena, el padre había regresado, por fin estaba sobrio y había recordado milagrosamente el nombre de Anna quien ya cumplía cuatro meses de vida y tenía una gran historia que contar algún día.

Una noche de luna llena, un viernes para ser exactos, en la cantina había tertulia, llegaron amigos y conocidos y otros no tanto y al calor de los tragos se empezaron a caldear los ánimos y la tragedia asomó descaradamente su rostro burlón por el umbral de la puerta desvencijada.

Los amigos conocían al padre de Anna y sabían de su agresividad desbordada cuando se embriagaba y por todos los medios trataban de apagar los ánimos porque habían percibido en un rincón, inadvertido, como una sombra siniestra, al Toro, un forajido valentón, perverso y traicionero que últimamente rondaba la comarca y esa noche se coló entre los asistentes, sin que se advirtiera mucho su presencia.

Sólo Lucio, que estaba al tanto de todo, casi no había bebido y llevaba buen rato insistiendo que cerraran la cantina buscando mil pretextos, que era muy tarde, que iba a llover, pero el padre de Anna ya medio borracho, no aceptaba ninguno.

-No seas aguafiestas, está temprano, ahora más tardecito nos vamos todos. Decía el padre de Anna arrastrando las palabras.

Respondía el padre de Anna mientras apuraba cervezas una tras otra, sin percatarse de la presencia del extraño.

De pronto, como un rayo que corta la oscuridad, su mirada fue atraída hacia el rincón donde se agazapaba el forastero, envuelto en una ruana, bebiendo tranquilamente una cerveza.

Descubrirlo allí fue suficiente para enardecer su ya exaltado ánimo y comenzó a lanzarle improperios desde la barra de la cantina.

-Lárguese de mi negocio forastero, no lo quiero aquí, no sé quién es usted, seguramente es un ladrón.

-Váyase de mi negocio que no es bienvenido. Lárguese o lo saco a patadas.

Le gritaba, mientras avanzaba entre las mesas con paso vacilante, agitando los brazos.

Lucio, pálido de horror, trató de impedir de todas las maneras posibles su reacción, pero era demasiado tarde.

El desconocido respondió los improperios con una mirada gélida.

Se puso en pie despacio con movimientos felinos y caminó con pasos medidos hasta la puerta de la cantina.

Allí se detuvo, clavando sus ojos de alimaña en el papá de Anna:

_Pregunte quien es el Toro.

Sentenció con voz de trueno el forajido y calmadamente se alejó de la estancia, confundiendo con las sombras de la noche.

Jumm, será el marido de la vaca el desgraciado ese.

Expresó el padre de Anna, mientras soltaba una sonora risotada.

Su broma no tuvo eco en los asistentes, quienes recogieron los sombreros y lentamente, como en una procesión siniestra y premonitoria se despidieron y se adentraron en el camino apenas iluminado por la luz de la luna.

Solo quedó Lucio, pálido, horrorizado, clavado en la puerta, apoyado en el dintel destartado a punto de desmayarse.

Cuando logró recuperar el aliento le dijo en tono grave a su amigo:

_Mañana mismo... recoja sus cosas, su mujer y su hija y váyase de aquí si... quiere vivir...

Usted no sabe quién es el Toro.

Lucio recogió la ruana sobre su hombro izquierdo y con la cabeza agachada como si el peso de la muerte le hubiera caído encima se alejó despacio por el camino sin mirar atrás.

CAPITULO VII

Ese nuevo día amaneció extraño, como si las aves hubieran decidido no cantar y el viento no soplar.

Una calma inquietante invadía al padre de Anna que le dijo a su esposa:

—No voy a abrir la cantina por unos días.

Ella asintió y aunque leía en el semblante de su esposo una preocupación desconocida, no hizo preguntas, ni reproches.

El atardecer llegó rápido, el sol comenzó a ocultarse en el horizonte y las sombras avanzaron como las garras siniestras de un monstruo sobre la casita campesina.

La madre de Anna la sostenía en brazos, mientras el padre llevaba un candelabro que apenas si iluminaba sus pasos, se dirigían presurosos a la alcoba pues se acercaba una tormenta y aún debían cruzar el amplio corredor que daba de frente al cafetal.

El sonido de un disparo retumbó en el aire como un trueno, un golpe seco en el piso de madera y la luz del candelabro se apagó.

La madre de Anna lo supo en ese instante, con la certeza nefasta de la tragedia.

Un remolino giró vertiginosamente bajo sus pies arrancándola de todo su mundo conocido, pero no soltó a su pequeña, la mantuvo abrazada, como un salvavidas, como el timón de un barco en un mar embravecido.

CAPÍTULO VIII

Las piezas del gran rompecabezas por fin encajan; nada ocurre por azar cuando el alma recuerda.

Creo que somos atraídos al lugar que nos corresponde por fuerzas antiguas que no logramos entender, sin sospechar que ya fue testigo de otros encuentros, otras despedidas y promesas que el tiempo no consiguió borrar.

No buscamos un amor nuevo, sino uno perdido a través de muchos siglos y sin saberlo siquiera, vamos por la vida intentando leer en los pliegues del pasado las señales de un destino que insiste, porque cuando las almas están destinadas a encontrarse, el tiempo deja de ser una barrera y se convierte en un camino de regreso.

Eran las 6:30 de la tarde.

En el parqueadero sur de la Universidad Javeriana Elías Sandoval, antropólogo y doctor en historia antigua y medieval, especialista en egiptología y religiones comparadas, descendió de su campero gris, cargando libros, pergaminos y manuscritos.

Avanzó por el patio con paso seguro y desenfadado como si toda la sabiduría del tiempo reposara en sus hombros.

Lo acompañaba Antonio López, su asistente, amigo y compañero de correrías por el mundo, trabajos en excavaciones de tumbas egipcias, retiros en monasterios tibetanos y visitas a milenarios templos hindúes.

Antonio, a fuerza de esa cercanía comparte muchas creencias con Elías y está convencido que esta existencia es apenas una de las tantas escenas de la gran comedia.

Siempre ha sospechado que su amigo camina por el mundo buscando algo más que conocimiento, quizás persiguiendo ese amor de muchas vidas, ese que se le ha esfumado una y otra vez, negándole la felicidad.

Cuando ingresaron al largo pasillo que conduce al auditorio donde Elías presentará su ponencia, descubrieron que allí mismo se está instalando locación para otra conferencia, al parecer una sobre ciencia.

Elías se detuvo frente al salón donde estudiantes y personal de mantenimiento corrían agitados y divisó en el fondo a dos jóvenes mujeres, una de ellas rubia, alta y delgada, elegantemente vestida, que sostenía un fino maletín de cuero color borgoña y a su lado una chica un tanto más baja de estatura, delgada, de cabello corto y oscuro.

No dio importancia a la escena, no hizo ninguna conjetura, tenía su atención centrada en el tema que iba a tratar y realmente no encontraba objeción en compartir escenario con ningún otro ponente.

—No importa si es científico, artista, cuentero, cantante o cualquier otro que haya programado la universidad para esta fecha.

Pensó Elías, mientras sonreía divertido y apurando sus pasos superó la distancia que lo separaba del espacio que le correspondía para hacer su presentación, saludó a los asistentes con un ademán amable, avanzó hasta el podio y se inclinó sobre el montón de pergaminos amarillentos y

facsimiles de tumbas egipcias, mientras se acariciaba la barba ligeramente desordenada, en tanto Antonio revisaba micrófonos y proyectores de video.

Elías, por un momento, levantó la vista de los papeles y descubrió que su asistencia no era tan nutrida, que todavía había sillas disponibles, mientras que en el pasillo los estudiantes corrían frenéticos tratando de encontrar un lugar en la conferencia de la sala contigua.

Pero volvió a sus papeles y pensó una vez más en el tema de su ponencia: La concepción del alma en las culturas antiguas.

Su tema favorito.

Lleva mucho tiempo explicando en diversos escenarios ese concepto del alma desde el punto de vista de la filosofía, la religión y la cosmovisión de los pueblos a lo largo de la historia. Ha estudiado las culturas antiguas acunadas en Egipto, Mesopotamia, Grecia, Roma e India.

Ha recorrido muchos países, vivido sus culturas y estudiado en las mejores universidades del mundo.

Ha profundizado en la esencia de las grandes religiones, así como en las culturas indígenas y ancestrales de los pueblos americanos y de África tradicional, todo buscando una sola respuesta, una sola.

Domina el tema, lo conoce. Pero aún no encuentra esa respuesta.

Siempre se pregunta lo mismo:

¿Por qué siempre que encuentro a la persona que amo, se me escapa, la pierdo o lo peor, paso vidas y vidas sin lograr encontrarla?

El eco de una ovación lejana llegó a sus oídos y lo trajo de un jalón desde el universo de sus pensamientos.

Miró el reloj del ordenador.

Las 7:00 de la noche en punto.

—Hora de arañar en los confines de la historia.

Se dijo a sí mismo.

—¡Buenas noches!

Elías saludó con amabilidad a su audiencia.

Muchos pares de ojos intrigados fijaron en él su atención y en silencio estas personas curiosas se dispusieron a iniciar un salto de fe hacia el conocimiento ancestral.

CAPÍTULO IX

El río de la vida nos lleva de una orilla a otra, pero siempre de regreso a la fuente.

Aprendemos desde niños a navegarlo en silencio, guiados a veces por sueños con lugares que no conocemos y épocas que no hemos vivido.

A veces la historia se convierte en la brújula de una búsqueda que aún no se comprende, pero que el corazón reconoce.

Es en nuestra infancia, o quizás atrás donde el río comienza a trazar su curso y el destino, sigiloso, a reescribir nuestra historia.

Elías Sandoval. Nunca encajó en ninguna parte. Jamás sintió interés por algo que no fuera la historia, los pergaminos, los libros antiguos, las bibliotecas, los anticuarios y los artefactos viejos e inservibles.

—Están cargados de memorias.

Decía siempre, observándolos con verdadera pasión.

Su padre se desesperaba porque era su único hijo varón y a su juicio, un niño muy raro.

El heredero de su imperio, de sus fábricas textiles, de sus haciendas, en quien tenía todas las esperanzas puestas para continuar el legado Sandoval, ingenieros de renombre, grandes negociantes, empresarios, emparentados con otras familias acaudaladas, en fin, el legítimo heredero de una cuna de oro.

Nació debilucho y enfermizo; su infancia transcurrió en una burbuja, médico de cabecera, colegios especiales, tutores en casa, cuidados excesivos, pero eso sí, una ausencia total de afecto.

Casi no veía a sus padres quienes se pasaban la vida en viajes de negocios y con sus tres hermanas mayores tampoco tenía mucho contacto.

Así que no tuvo una niñez normal y por eso se refugió desde temprano en aquello que lo apasionaba: La historia, el estudio de civilizaciones pasadas, de antiguas culturas y religiones arcaicas donde buscaba respuesta a los sueños que lo acechaban y que no podía explicar.

Se veía en ellos buscando desesperadamente a alguien en medio de una bruma espesa, escuchaba su voz lejana, corría y cuando estaba a punto de alcanzarla, cuando sus dedos casi la tocaban, desaparecía como un espectro en medio de la neblina dejándole al borde de un abismo de desesperación y dolor.

Sufría y nadie lo entendía.

Su padre, preocupado, sospechaba que se trataba de alguna enfermedad cerebral y los mejores neurólogos lo sometieron a todos los exámenes que la ciencia tenía disponibles: tomografías, encefalogramas, resonancias y siempre, el mismo resultado.

Normal.

No había en él ninguna malformación, ningún tumor, ningún mal visible.

Entonces su padre acudió a los psiquiatras más renombrados, quienes luego de incesantes valoraciones, tampoco encontraron trazas de ansiedad, bipolaridad ni demencia y después de muchas sesiones se dieron por vencidos y concluyeron que se trataba de pesadillas que desaparecerían con el tiempo.

Pero en lugar de desaparecer, sus sueños se hicieron más nítidos y constantes. Sin embargo, para no intranquilizar a sus padres, Elías simplemente no volvió a hablar del asunto.

La escuela y el colegio fueron períodos de relativa calma, interrumpidos de tanto en tanto, por los arrebatos del padre que quería que su hijo fuera más activo en los asuntos financieros de la familia.

_Hijo quiero que tomes parte desde ahora en la administración de las haciendas, las fábricas y los negocios familiares, para que aprendas de una vez el engranaje del imperio que un día será tuyo.

Le decía entusiasmado, mientras le daba cariñosas palmaditas en la espalda.

Pero Elías no mostraba ningún interés y su padre montaba en cólera y se cuestionaba sobre las capacidades de su único hijo varón tan apocado, flacucho y desgarbado.

_Padre mi atención está centrada en la historia, me apasiona la academia, no quiero saber nada de finanzas, para eso están mis hermanas que sí manifiestan un interés legítimo en las actividades económicas de la familia.

Le respondía Elías a su padre con voz firme.

Pero la verdadera tormenta se desató cuando culminó sus estudios secundarios y anunció tajantemente:

-He decidido estudiar historia, ya me matriculé en una universidad española y me iré antes de terminar el mes.

El padre de Elías casi sufre un infarto, su madre tuvo que intervenir y mediar entre los dos para que no ocurriera una tragedia y financiar a escondidas los estudios de aquel en el exterior.

Las hermanas por su parte se alegraron secretamente de esta decisión, pues ya no sería un obstáculo y así su padre por fin no tendría más remedio que confiar a ellas la administración de los asuntos económicos de la familia.

Elías se fue una tarde de enero sin mirar atrás, siguiendo el llamado de su destino.

CAPÍTULO X

Un encuentro es como el eco de los siglos repitiendo una misma canción y el amor no es más que una melodía antigua que no se escucha con la mente, sino con el alma.

Dos personas que se cruzan un instante bajo un cielo cargado de signos.

No hay nombres que despierten sus memorias, ni miradas que confiesen verdades, sólo una extraña familiaridad, un estremecimiento, una certeza inexplicable que no se comprende.

Mientras tanto el destino los observa con paciencia; sabe que todavía no es el tiempo de reconocerse.

Sabe que algunas historias necesitan fingir que son nuevas para poder comenzar otra vez.

La Dra. Anna respondió la última pregunta y agradeció amablemente la presencia de los estudiantes en el auditorio.

Con una sonrisa y un gesto sencillo se despidió del público, concentrándose en recoger sus apuntes, apagar el ordenador y guardarlo en el maletín de cuero, sintiendo una enorme satisfacción porque la conferencia había salido tal como ella lo había calculado.

Clara revoloteaba de acá para allá, salía al amplio corredor y regresaba, conversando con los jóvenes estudiantes y con algunos integrantes del equipo de mantenimiento que se acercaban prestos a colaborar en todo lo que fuera necesario.

Anna la vio desaparecer un momento por el pasillo y regresar casi al instante.

Se le acercó con un trotecito alegre, susurrándole al oído:

—Ese de allá parece un personaje de Indiana Jones. ¿Lo viste? ¿Sabes quién es?

Anna se exasperó un poco, porque ya había olvidado por completo a su molesto vecino de auditorio y la verdad, no quería que ninguna incomodidad opacara su reciente logro.

— ¿Tú no dijiste que es un historiador, un experto en reencarnación o algo así?

Algún charlatán creo.

Dijo Anna con tono despectivo, mientras tomaba a Clara por el brazo y casi a rastras la conducía por el pasillo.

Tenía prisa por salir de allí y llegar a su apartamento, debía revisar la siguiente ponencia programada para la próxima semana en una prestigiosa universidad de España y tenía muchos asuntos que arreglar previamente: El viaje, los documentos, el traje, la reserva del hotel, en fin.

Tantos pendientes y tan pocos días para organizarlo todo.

Además, al momento de exponer las teorías que estaban trabajando, le surgieron algunas ideas que le urgía discutir con Clara.

Eso era imperativo para ella.

Al pasar frente al auditorio donde el Dr. Elías Sandoval aún continuaba su charla, no pudo evitar detenerse en seco y mirarlo.

Un breve instante.

Un relámpago en mitad de la noche.

Por apenas un segundo sus miradas se encontraron y pareció que se reflejaba una luz de tiempos perdidos.

Un estremecimiento, el recuerdo fugaz de un sueño olvidado.

Pero fue esa voz magnética que resonaba como un eco en los confines de su alma la que transportó a Anna a otro lugar, por un momento que pareció eterno y lentamente, como en un trance, soltó el brazo de su amiga e ingresó en el recinto.

_Vamos Anna, estos equipos pesan demasiado.

Protestaba Clara, mientras la seguía cargando varios maletines.

Pero Anna, sin escucharla, enfiló despacio hacia una silla vacía cerca del escenario y se sentó muy atenta.

Elías ya concluyó su exposición con conceptos inquietantes.

Clara, un poco extrañada se acomodó en silencio al lado de su amiga, depositando en el piso las valijas que contenían equipos y documentos.

Elías hablaba pausadamente de los egipcios y de cómo conciben el BA y el KA:

_Dos aspectos del alma que conviven en cada ser; el KA representa la fuerza vital que mantiene vivo al cuerpo, mientras que el BA es la personalidad o carácter único de cada persona.

Explicaba Elías con voz profunda y pausada, percatándose de la presencia de Anna.

Para concluir su exposición, Elías explicó con palabras sencillas el aterrador concepto egipcio del corazón contra la pluma:

_Es una metáfora de la justicia divina y la pureza moral consistente en que el corazón del difunto es colocado en uno de los lados de la balanza, mientras en el otro se pone la pluma de Maat, que representa la verdad, la justicia y el orden cósmico.

_El Dios Anubis, guía de las almas, realiza la pesada y Thot Dios de la Sabiduría registra el resultado.

_Si el corazón es más ligero que la pluma, significa que la persona vivió en armonía con la verdad y la justicia y puede acceder al Aaru, paraíso egipcio o campo de juncos.

_Si el corazón es más pesado que la pluma por cargar pecados, engaños e injusticia es arrojada a Ammit un ser monstruoso parte cocodrilo, león e hipopótamo que lo devora condenando al difunto a la aniquilación eterna, es decir a no existir más.

Narraba Elías con acento pausado y misterioso y Anna sintió cada palabra resonar en su memoria. Un estremecimiento la recorría, como si ya las hubiera oído en otra vida, en otra voz.

Sumergida en sus pensamientos no supo en qué momento Elías concluyó su ponencia y ya recogía el reguero de sus documentos, lanzándole una que otra mirada furtiva.

Clara, con su habitual espontaneidad tomó a Anna por el brazo devolviéndola de un tirón al momento presente, remolcándola a través de sillas y cables hasta plantarla delante de Elías, mientras le decía:

_Ve a presentarte; te conviene hablar de otra cosa que no sea de ADN.

De pronto como en una vorágine, Anna se encontró frente a esos ojos antiguos y por primera vez en su vida no supo que decir, ni donde poner sus manos temblorosas.

_Soy la Dra. Anna Prado, bióloga molecular, su charla me pareció...

Anna midió cuidadosamente su próxima palabra como si de ello dependiera su vida.

_Fascinante.

Elías sonrió con una calma inquietante que ella no supo si interpretar como comprensiva o desafiante.

_El misterio de la vida no siempre se explica en laboratorios, a veces hay que escuchar la voz del alma.

Le dijo Elías, mientras le extendía su mano.

Anna abrió desmesuradamente los ojos.

Aquella apreciación le pareció un despropósito, un atropello descarado a la ciencia, pero a la vez sintió un golpe en el pecho, abrió los labios para responder, pero por segunda vez, no supo que decir.

Estrechó la mano de Elías y sintió que la envolvía una corriente desconocida y un susurro interior la aterrorizó:

_Ya lo conoces.

Esa noche, tras una charla breve, se despidieron con la promesa de compartir un café en el campus a la mañana siguiente.

CAPÍTULO XI.

¿Será posible reconocer a alguien que no has visto antes? Yo creo que sí.

No es una certeza, sino una sensación persistente, un rostro que se escapa al despertar, una voz que se desvanecen como humo en medio de escenas inconclusas y vacío, como si el alma supiera algo que la memoria se empeña en callar.

Uno de los dos percibe vagamente ese llamado del destino, mientras que el otro sostiene en silencio la carga de una angustia antigua, reforzada por una sospecha: La posibilidad de haber encontrado al fin a la persona que ama, no como un milagro, sino como un regreso inevitable.

Pero dudas e inquietud comienzan a entrelazarse, como hilos que el tiempo insiste en anudar y conspiran a veces para separar a quienes se aman.

Ya en la soledad de su cómodo apartamento, Anna preparó cuidadosamente un baño de burbujas, se sumergió en el líquido tibio y perfumado con la esperanza de arrancarse de la piel esa mezcla de sensaciones desconocida de aprehensión, desazón, duda, angustia y anhelo que jamás había experimentado, como si viniera de bailar desnuda alrededor de una fogata y su cuerpo oliera a humo ceremonial, a antigüedad, a desconocido... a miedo.

Ideas nuevas y perturbadoras rondaban su cabeza y cuchicheaban sin parar como un enjambre de abejas enfurecidas.

Ideas que nunca su mente pragmática, científica y metódica había considerado.

Su afán científico jamás se detuvo siquiera en conceptos como reencarnación, alma, otras vidas y todo eso que había escuchado describir a Elías con su voz antigua y magnética.

(¿Y a todas estas... quien es Elías?)

¿De dónde salió este personaje que, en un solo momento, con una sola mirada puso mi mundo de cabeza y derrumbó los muros que he construido con tantos años de estudio? ¿Quién es? ¿Quién es?)

Se preguntaba Anna y con cada pensamiento, corrientazos de miedo, deseo y curiosidad recorrían cada átomo de su cuerpo.

Muy a su pesar sabía que su vida nunca volvería a ser igual, que esta noche había partido en dos su realidad como un trueno que impactó de lleno y creó un abismo sin fondo que separaba sus férreas convicciones de sus sentimientos.

Tardó mucho en conciliar el sueño, pero antes de dormir se prometió que, por su bien, no asistiría a la cita pactada con Elías para el día siguiente.

El sueño llegó finalmente, pero no como siempre, plácido y profundo.

Este fue diferente, extraño, lleno de figuras y acontecimientos tan familiares pero que al despertar no logró recordar.

Al otro extremo de la ciudad, en su cuarto de hotel, Elías repasaba cada mirada y gesto de Anna.

Impactó en su alma, pero no se atrevía siquiera a permitirse pensar que pudiera ser ella, al fin ella.

<<¿Como puede ser posible?>>

Pensaba Elías lleno de excitación.

<<Y si es ella, es evidente que no me recuerda... o tal vez sí. No me reconoce... o tal vez sí.>>

Se decía Elías para sí, dando rienda suelta a su ansiedad.

Y luchando por recobrar su habitual calma se dio un baño y se metió entre las frazadas sin poder contener la ilusión por el encuentro del día siguiente.

Le costó dormirse.

Hacia tiempo los sueños de vidas pasadas se habían esfumado.

Y lo agradecía porque lastimaban.

Dolía mucho recordar una y otra vez la pérdida de esa mujer que había amado en tantas vidas y de tantas maneras.

Esa noche los sueños del pasado regresaron caminando de puntillas.

CAPÍTULO XII

Siempre volvemos al mismo abrazo, porque hay encuentros que no nacen del azar, sino de promesas olvidadas que buscan cumplirse, aun cuando nadie recuerde haberlas hecho.

El temor no está en equivocarnos, sino en acertar y descubrir que el destino, una vez más podría jugaros una mala pasada.

El día se levantó luminoso. Elías se despertó muy temprano ansioso por el esperado encuentro, anhelando estar frente a Anna y perderse en sus ojos; quería comprobar aquello que intuía, que en ella habitaba esa alma que la suya perseguía a través de tantas vidas y que siempre, por una u otra razón, terminaba alejándose de él dejando un vacío que seguía doliendo a través de los siglos. No podía evitar su aprehensión y su ansiedad crecía conforme pasaba el tiempo. Consultaba constantemente el reloj, para comprobar que sólo habían transcurrido unos cuantos minutos.

Salió del hotel con mucha anticipación, quería caminar y calmar sus alocados pensamientos y más que todo, deseaba estar solo, no apetecía la compañía y el incesante parloteo de Antonio que en otro momento lo entretenía y le agradaba.

Así, sumido en sus profundas cavilaciones llegó hasta el campus de la universidad y se instaló en una mesa apartada de la cafetería desde donde podía ver la entrada.

Intentaba dominar su nerviosismo observando las personas que entraban y salían y los grupos de estudiantes en las mesas contiguas que reían en alegres y explosivos coros.

La espera parecía interminable y más exasperante a medida que se acercaba la hora de la cita pactada: Las 9:00 am.

Elías se sentía como un adolescente, ensayando una manera de saludar a Anna que no sonara ridícula, prevenida y mucho menos desesperada.

De pronto alzó la cabeza y en la entrada de la cafetería estaba Antonio.

La última persona que hubiera querido ver en ese momento.

Ahí estaba.

Con su sonrisa amable, saludándolo con una mano, mientras sostenía en la otra una humeante taza de café.

Sin vacilar, Antonio se dirigió directamente a su mesa y sin preguntar se instaló a su lado.

Elías sentía que el mundo daba vueltas a su alrededor, quería decirle que se fuera, que estaba ahí sentado para encontrarse con el amor de su vida, con el amor de todas sus vidas.

Pero cómo explicarle lo que ni él mismo atinaba a comprender.

Miró su reloj: 9:00 de la mañana.

Antonio parloteaba eufóricamente:

En el hotel me recomendaron esta mañana un tour espléndido.

Le dijo Antonio con entusiasmo.

_Es un recorrido por unos pueblos cercanos a Bogotá, estoy preparando el viaje para los dos, ya tengo todo previsto, tú no tienes que preocuparte por nada; salimos mañana a las 7:00 de la mañana y te prometo será una experiencia maravillosa.

Explicaba Antonio, extrañado de ver a su amigo tan distante y nervioso.

Pero Elías no lograba hilvanar una frase completa de todo lo que Antonio decía y sólo pensaba en Anna:

<<Por qué no llega? ¿Olvidó la cita? ¿No quiere venir?>>

Elías no atinaba a entender lo que estaba pasando.

Miraba frenéticamente el reloj, sintiendo que el alma se le iba del cuerpo al percatarse que la noche anterior había olvidado intercambiar números telefónicos con ella o con la joven amable y simpática que la acompañaba.

Pensó con terror:

<<_En esta vida no sé nada de Anna, salvo que es una científica prestigiosa, no sé si está casada, si tiene hijos o si está enamorada.>>

Y con cada pensamiento la angustia de Elías crecía.

No sabía nada, simplemente podía perderla, en este océano infinito y no volver a saber de ella, no volver a cruzar los caminos y perder la oportunidad de reconocerse, de comprobar si era verdaderamente su amor de todas sus vidas.

Elías no pudo evitar sentir un estremecimiento de miedo, arraigado en su alma, el mismo que lo paralizaba desde siglos, cada vez que enfrentaba esa despedida, esa pérdida, ese designio del destino que le arrebatava la felicidad.

CAPÍTULO XIII.

El manto del tiempo vuelve a agitar sus pliegues.

No lo hace con estruendo, sino con la sutileza de aquello que ha esperado siglos para revelarse.

Dos personas que se encuentran sin saber que ese instante ha sido ensayado una y otra vez en otros cuerpos, otras voces y otros nombres y tiempos que no recuerdan.

No hay certeza, sólo una inquietud que les recorre la piel, una familiaridad inexplicable que late más fuerte que la razón.

Para Anna el día empezó temprano. Solía despertar antes de las 7:00 de la mañana, tomar un café mientras revisaba su agenda y luego, ordenadamente realizar una a una las tareas programadas.

Su vida está marcada por el orden.

_Es una de las claves del éxito.

Decía Anna con frecuencia.

Sentada frente a su ordenador, recordó como un rayo el compromiso adquirido la noche anterior, el encuentro en el campus de la universidad con el historiador extraño.

No había ninguna anotación en el programador diario.

No precisaba bien si esa cita había sido concertada para las 9:00 o para las 10:00 am. En fin, también recordó su intención de no asistir a la misma.

Se quedó pensando.

Eso no era propio de ella, no era su costumbre faltar a su palabra.

Había prometido ir e iría.

<< ¿Qué tanto podría pasar? Una buena charla y un café.>>

Pensó Anna mientras marcaba el número de Clara que, tras un momento, respondió con voz de sueño:

_ ¿Buenos días, no descansas hoy amiga?

_ ¿Recuerdas a qué hora quedó programada la cita hoy con el historiador? No recuerdo si fue a las nueve o a las diez de la mañana.

preguntó Anna.

_ Umm creo que, a las diez, la verdad con la prisa no hice ninguna anotación en tu agenda y no intercambié número telefónico con el historiador, ni con el asistente.

Dijo Clara y después de un breve silencio en la línea, continuó con una risita pícaro:

—Amiga, creo que fue a las diez en la cafetería del campus. ¿Oye te diste cuenta lo guapo que está el tal Antonio ese? ¿El asistente del historiador?

—Bueno, me arreglo y voy a esa molesta cita. Saludaré a Antonio de tu parte.

Respondió Anna algo divertida.

— ¿Quieres que te acompañe?

Preguntó Clara.

—No te preocupes, nos encontramos más tarde para almorzar, ¿te parece?

Anna se despidió y antes de colgar la llamada, alcanzó a escuchar que su amiga le gritaba:

—Ponte linda... que tal ese sea el amor de tu vi...

Anna no escuchó el resto, terminó la llamada y arrojó el teléfono sobre la cama mientras esbozaba una leve sonrisa.

Cuando Anna salió del hotel faltaba muy poco para las diez de la mañana.

Vestía casual, jeans, tenis y una chaqueta que resaltaba su esbelta figura y su cabellera rubia.

Miró su reloj entrando a la universidad y se percató que eran las diez de la mañana, apresuró el paso franqueando la entrada de la cafetería, buscando con la mirada por todas las mesas a esa hora con lleno total.

Desde el fondo le llegó un destello y hacia allí dirigió su mirada, para encontrarse de nuevo con esos ojos cargados de siglos que tanto la inquietaban.

Elías ya había perdido toda esperanza y se abandonaba al parloteo incesante de Antonio, cuando dirigió sus ojos a la entrada de la cafetería y como una aparición allí estaba, por fin.

Anna, había acudido a la cita, aunque una hora después.

<<Eso no importa, llevo buscándola una vida entera.>>

Pensó Elías poniéndose en pie de un salto.

Caminó al encuentro de Anna muy de prisa, como si temiera que pudiera desvanecerse en el aire.

Se detuvieron uno frente a otro, en silencio.

Antonio los miraba sonriendo desde la mesa.

Por fin lo comprendía todo: La extraña inquietud de Elías, que salió tan temprano sin invitarlo, su desinterés por el paseo y sobre todo que la noche anterior, luego de la conferencia no se concentraba y parecía que flotaba en otro mundo.

Anna y Elías se sentaron mirándose a los ojos como reconociéndose o quizás recordándose.

El tiempo giró vertiginosamente y todo a su alrededor pareció desaparecer; no existía nada más que ellos dos, sus voces, sus miradas y el leve roce de sus manos.

La magia del amor infinito y eterno floreciendo una vez más.

CAPÍTULO XIV.

Hay encuentros que parecen reconocimientos. Eso creo.

¿Quién no ha vivido alguna vez esa extraña sensación de haber llegado tarde y, aun así, estar exactamente dónde pertenece?

En ese cruce de caminos es donde el tiempo parece ceder, la barrera de la memoria se agrieta y las almas comienzan a reconocerse.

En ese momento no sabemos aún de promesas rotas, ni de finales repetidos, pero en lo profundo de nuestra conciencia entendemos una verdad simple y peligrosa: No es la primera vez que nos encontramos y seguramente, no será la última.”

En los meses sucesivos fueron muchos los encuentros de Anna y Elías donde se contaron entre risas y lágrimas sus vidas. Hablaron de sus familias, compartieron cada detalle de sus infancias tan diferentes, pero ambas tan marcadas por el dolor y a la vez animadas por sueños similares.

Se confesaron sus profundos deseos y los sacrificios que tuvieron que hacer para alcanzar cada meta propuesta.

Se contaron de la dedicación a sus estudios que a ambos les había exigido llevar vidas solitarias.

Se expresaron todo aquello que anhelaban y muchas veces se sorprendieron diciendo la misma frase al unísono.

Anna le confió a Elías que con mucho esfuerzo y dedicación se había abierto paso en la comunidad científica buscando respuestas, esperando lograr descubrimientos que impulsaran la medicina y mejoraran la calidad de la vida en el planeta.

Elías le contó que se hizo historiador buscando solución a las preguntas que lo inquietaban desde su infancia y a esos enigmas que la ciencia no puede explicar, que no se estudian en los laboratorios y que el microscopio no logra detectar, como por ejemplo los recuerdos de vidas pasadas en niños, marcas de nacimiento y lesiones relacionadas con muertes previas, idiomas y conocimientos no aprendidos, remembranzas de lugares, miedos irracionales y fobias sin causas aparentes, personalidades múltiples y memorias extracorporales y el eterno dilema de la identidad y la conciencia.

Pero más allá de todos esos interrogantes que la ciencia no puede responder, desde niño lo inquietaban unos sueños que lo transportaban a otros mundos con detalles tan claros que podía recordar al despertar.

En fin, tantas cosas los unían.

Un hilo mágico, gustos similares y la chispa saltó.

Y a la vez, tantas otras los separaba, creencias férreas que como una sombra siniestra empezaba a erigirse entre los dos.

Antonio y Clara eran testigos de ese amor maravilloso que había fluido de manera tan perfecta, en esos meses compartidos.

Antonio solía decirle a Clara:

_Conozco a Elías desde hace muchos años y nunca lo vi tan interesado ni entregado a alguien, quizás es porque se conocieron en otra vida.

Clara se reía entre preocupada y divertida frente a esta idea y le decía a Antonio:

_Espero que tu jefe no tenga la ocurrencia de intentar derribar las convicciones científicas de Anna con sus creencias, porque te lo advierto, hasta ahí llega la magia.

Clara y Antonio, secretamente, pedían al universo, a Dios o a quien tuviera la potestad de intervenir, que protegiera ese amor.

La relación era un incendio, todo era felicidad, armonía y curiosidad, pero un incendio al fin.

Pasaban noches hablando, como si tuvieran prisa por recuperar el tiempo perdido en tantos siglos de separación.

Ella lo llevaba a su mundo de microscopios, experimentos de laboratorio y lenguaje científico, mientras él la arrastraba a las profundidades de la historia y la filosofía.

Elías le contaba a Anna en uno de sus viajes compartidos a Cartagena, mientras miraban abrazados desde las murallas el sol ocultarse en el mar caribe y él con delicadeza retiraba del rostro de Anna mechones de su cabello rubio:

_Los griegos hablaban de anamnesis.

_Recordar no es aprender algo nuevo, es traer de vuelta lo que el alma ya sabe y en este momento la mía recuerda tantas vidas compartidas con la tuya.

Al terminar la frase y ver la mirada de Anna endurecerse, Elías sintió un profundo miedo a perderla, como había pasado en vidas anteriores.

Anna contempló el horizonte marino y la chispa de un recuerdo doloroso la sobresaltó, pero fiel a sus convicciones científicas le refutó como siempre.

_Eso es pura especulación.

_El cerebro almacena recuerdos porque tiene estructuras físicas, sinapsis, redes neuronales, no hay nada fuera de lo que se puede comprobar con el método científico.

Anna desmentía las afirmaciones de Elías, pero al mismo tiempo se sentía atrapada en esa voz grave, en la manera en que sus argumentos chocaban con los suyos como olas contra un acantilado.

Clara podía notar algo más cada vez que los veía juntos:

_Te brillan los ojos cuando hablas de él.

Le decía a Anna en sus frecuentes charlas.

_Es sólo interés intelectual.

Intentaba disimular Anna.

_Ajá, claro, interés intelectual con ojos melancólicos cargados de un infinito amor.

Le respondía Clara, mofándose un poco de la terquedad de su amiga.

Antonio lo notaba y le decía a Elías:

—Amigo, estás perdido, mejor, encontrado y pillado por el amor. No das pie con bola de lo enamorado que estás.

—Jumm, lo que estoy es asustado.

—Tiembo de miedo cada vez que pienso que puedo perderla de nuevo, cada vez que pienso que nuestras ideas y convicciones son un abismo que nos separa, tan fuerte como las guerras y las plagas que nos han alejado en otras vidas.

Le confesaba Elías.

Pero los meses pasaban y el fuego crecía; parecía que ambos se rendían a un amor absoluto y suficiente para salvar cualquier barrera.

Por un tiempo todo fue luz y plenitud, Anna acompañaba a Elías a desenterrar el pasado y Elías le servía de torpe asistente en largas jornadas de laboratorio o conferencias importantes en diferentes universidades.

Pero pronto la tormenta asomó en el horizonte.

CAPÍTULO XV

¿Estás de acuerdo conmigo en que casi nunca las cosas son lo que parecen?

Y en cuanto al amor, en muchas ocasiones no se quiebra por falta de intensidad, sino por el peso invisible de los prejuicios, las convicciones que le son adversas.

¿A quién no le ha pasado?

A veces no basta con mirarse a los ojos y descubrir un amor inmenso, cuando se habitan mundos distintos.

Para el uno, los sueños son vestigios de otras vidas, murmullos antiguos que insisten en regresar.

Y para el otro no son más que descargas químicas, fenómenos que la ciencia puede medir y explicar.

El abismo silencioso se abre: El uno escucha el llamado de la vida y los siglos y el otro, en cambio, no puede oírlo, ni sentirlo, ni aceptarlo.

Dos años más tarde, una noche de invierno, la lluvia golpeaba los ventanales del pequeño, pero acogedor apartamento que Anna y Elías habían alquilado en París, cerca de la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos.

Habían decidido radicarse en dicha ciudad por un tiempo debido a la invitación que recibió Anna para formar parte en una investigación científica, mientras que Elías, para estar a su lado, había aceptado una plaza como consultor adjunto de la Facultad de Artes y Humanidades de la Universidad de La Sorbona.

La luna se colaba tímidamente por la ventana, cuando Elías empezó a contarle animadamente a Anna anécdotas de sus visitas a Egipto antes de conocerla y de pronto, de alguna manera, la charla derivó en que en una vida pasada ellos habían vivido en París.

Él se internó con entusiasmo en argumentos que Anna refutaba con firmeza y en un momento la conversación se tornó áspera.

De pronto, en un arranque, Anna lo interrumpió exasperada:

— ¿No has pensado que tal vez eso que tú dices que son recuerdos sólo sean sugerencias de los muchos libros de historia que has leído?

Elías detuvo su relato, la miró con tristeza y le dijo suavemente:

— ¿Nunca me has creído verdad? A pesar de todo aún no me reconoces.

— Podríamos buscar a un profesional confiable en regresiones que te ayude a recordar, a ver si así por fin logras aceptar el vínculo de nuestras vidas anteriores.

Se aventuró a proponer Elías, sabiendo en su interior que tal vez cometía un grave error.

Anna no respondió. Elías continuó con un tono que mezclaba súplica y certeza:

— Lo nuestro no es casualidad.

— Estoy convencido que ya nos hemos encontrado antes.

Anna le clavó una mirada gélida de incredulidad absoluta y le dijo lentamente:

_Elías, estoy realmente cansada de esta presión.

_Todas nuestras conversaciones derivan en lo mismo.

_No puedes cimentar nuestra vida en esas supersticiones.

_Te lo digo con respeto, eso de las almas reencontradas es sólo poesía, no hay ninguna evidencia científica.

La voz y la expresión de Anna eran tan frías como el viento que soplaba afuera.

Elías guardó silencio, no quería presionarla, no quería ir demasiado lejos por temor a romper el delicado equilibrio y perderla de nuevo, pero ella continuó:

_Elías no puedo vivir así.

_Creo que ya has llegado demasiado lejos y ahora siento que no me respetas cuando me pides que me someta a una técnica de regresión en la que no creo ni confío.

_He edificado mi vida en la ciencia, no puedo creer en lo que no se mide, en lo que no es comprobable científicamente, en lo que sólo es un producto del devenir cultural y filosófico.

Se hizo un silencio pesado que presagiaba el fin.

Después de un momento que pareció eterno, Anna exclamó:

_Definitivamente nuestra vida juntos es una constante batalla para ver quién tiene la razón, quien gana.

_Tú nunca vas a dejar atrás tus creencias y yo nunca voy a creer en ellas.

Elías impotente, se levantó de golpe y caminó en círculos por la sala con los puños apretados.

_¿Y si la ciencia no puede explicarlo todo? ¿Y si lo único real es lo que sentimos ahora?

Anna le respondió secamente, arrastrando cada palabra:

_Yo sólo creo en lo que puedo comprobar científicamente y tú ya lo sabes.

Las palabras seguidas de un oscuro y profundo silencio levantaron un muro de hielo entre ellos, mientras afuera, un trueno partía la noche en dos.

Elías se acercó a Anna con los ojos húmedos y le dijo, casi suplicante:

_Siempre que muero vuelvo para buscarte y ahora tú me pierdes porque no puedes creer.

Anna no respondió, quizás porque algo en su interior temblaba de miedo o porque sospechaba que, en el fondo, él tenía razón.

Cerró la puerta tras de sí, luchando por convencerse a sí misma que el destino es una excusa para quienes no se atreven a elegir.

Regresó esa misma semana a Colombia.

Tenía asuntos pendientes y pensaba que poner tierra de por medio le ayudaría a dejar atrás esa etapa de su vida.

Al menos eso creía, pero comenzaron los sueños, como un recordatorio que ese capítulo aún no había concluido.

CAPÍTULO XVI

Todo ocaso es sólo el comienzo de otro amanecer.

La discordia es un ciclón arrasador que empuja a quienes se aman en direcciones opuestas.

Uno de los dos busca respuestas en la memoria del alma; el otro exige pruebas, certezas, una lógica que despeje sus dudas.

Es así como dos almas unidas por un amor de siglos toman rumbos distintos en esta vida, sin estruendo ni traición, sino como una renuncia lenta y dolorosa.

Los caminos se bifurcan, no porque el amor no alcance, sino porque las creencias marcan una barrera infranqueable.

Pero el destino observa paciente y vuelven los sueños, como un recordatorio que ese camino dividido, algún día tendrá que unirse nuevamente.

Pasaron meses y Anna ya instalada en Bogotá, de vuelta a su amado laboratorio y sus experimentos, integrada a su equipo de trabajo, ocupaba todo su tiempo en supervisar los avances de una importante investigación.

Creía haber olvidado todo.

Las tardes de París y los paseos de la mano de Elías, el cafecito aquel que tanto les gustaba y que descubrieron al tiempo como si lo conocieran de tiempo atrás; los viajes en tren a orillas del mediterráneo, las tardes en Venecia y las mañanas en Madrid; los paseos en las calles de la Candelaria en Bogotá una mañana lluviosa; el viaje a Medellín y el hermoso atardecer que contemplaron abrazados desde la comuna trece; la brisa del mar en las murallas de Cartagena y las playas soleadas de Santa Marta donde medio ebrios juraron amarse y acompañarse por siempre en esta vida.

Creía haber olvidado las conferencias a las que acompañó a Elías por prestigiosas universidades del mundo, donde con admirable elocuencia explicaba sus teorías o las muchas veces en que él asistió lleno de orgullo a sus ponencias sobre biología molecular y ciencias exactas.

<<Eso quedó atrás, ya lo olvidé; es parte del pasado>>

Se mentía a sí misma cuanto le llegaban en bandada las imágenes de los dos.

Pero la memoria tiene vida propia y cuando paraba de trabajar porque no podía más y su mente se aquietaba, en ese preciso momento, llegaban de puntillas los recuerdos y se instalaban en su mente como fantasmas tozudos que se negaban a esfumarse.

Lo peor eran las noches en que la acechaban los sueños extraños que no podía explicar, que no lograba entender.

En uno que pudo recordar, se vio como una mujer romana, ataviada con una burda túnica amarillenta, con el abundante cabello castaño recogido a la espalda; de pie en un puerto, el viento frío golpeándole el rostro empapado en llanto; él se alejaba en un barco.

Mientras lo veía partir descubría el mismo brillo antiguo de los ojos de Elías y despertó llorando, con un dolor insoportable en el pecho y la desgarradora certeza que no lo volvería a ver.

Creyó que estaba sufriendo un infarto y alarmada llamó a Clara para que la acompañara a unas urgencias médicas.

Le prescribieron medicamentos para la ansiedad y le recomendaron aliviar la carga de trabajo y tomarse un descanso. Pero descansar no ayudaba porque entonces llegaban los recuerdos como molestos espectros.

CAPÍTULO XVII

Llorar en silencio un amor perdido es aprender a respirar con el pecho roto.

Es seguir andando, luchando por ignorar la ausencia que pesa más que una roca.

Nadie ve las batallas que se libran en el alma, ni los nombres que se pronuncian en las noches de profunda oscuridad.

Pero llega un punto en que el dolor ya no grita, se vuelve costumbre, se instala en los gestos cotidianos y en la calma silenciosa.

Amar es un acto de fe y perder es una lección que se aprende con mucho sufrimiento.

Aquí quiero hablarte de esos sentimientos que sobreviven cuando el amor se va, porque hay pérdidas que no se superan, se aprenden a cargar en silencio.

Después de la fría y breve despedida de París, Elías se marchó a Egipto, invitado a participar en una excavación, como experto en jeroglíficos y manuscritos antiguos.

Pero a diferencia de Anna él no iba a buscar olvido, él iba a recordar.

Mientras volaba a El Cairo lloraba y anotaba en su bitácora:

<<Duele tanto vivir en este mundo donde te encontré, te reconocí y tú a mí no y ver que sigues buscando lo que tienes en frente.

Quiero gritarte: ¡Soy yo! ¡Mírame! ¡Recuerda! ¡Siénteme! Recuerda mi voz esa tarde en el campo de trigo hace muchas vidas, recuerda el ruido de las carretas y la risa de nuestro hijo que corría jugando delante de nosotros, que caminábamos uno junto a otro, sin mirarnos, pero sintiéndonos.

Yo lo recuerdo.

¿Porque tú no? Siento el roce de tus cabellos en mi rostro, siento la música de tu risa resonar en mi alma que me da paz y sosiego.

¿Porque tú no?>>

En ese mismo momento, al otro lado del planeta, en Bogotá, los sueños de Anna continuaban obstinados, empeñados en poner su mundo de cabeza.

Casi siempre eran escenarios y épocas diferentes.

Una campesina medieval llorando en un campo de trigo.

Una viajera del siglo XIX escribiendo una carta humedecida de lágrimas.

Pero siempre él, siempre la misma despedida, siempre el mismo dolor en el pecho que las pastillas no podían aliviar.

Anna despertaba llorando desconsolada, pero seguía insistiendo en que esos episodios eran sólo producto de su subconsciente.

Llevada por su afán de documentarlo todo, empezó a escribir un libro de sueños y notas, donde registraba lo que recordaba y sus más profundas impresiones:

<<Lo vi otra vez en esos sueños extraños y era él.>>

Una mañana de octubre, sentada en el balcón de su apartamento, frente a su humeante taza de café, permitió que su mente divagara por primera vez en esa idea loca que hacía tanto tiempo la acechaba, esa palabra que la seguía a todas partes como una sombra siniestra.

Reencarnación.

Esa mañana decidió darse permiso, por fin, de pensar en ello como quien encara un enemigo antiguo para ganarle la pelea en su propio terreno, no con argumentos científicos, sino con las ideas más crudas que pudieran ocurrírsele.

Y comenzó a escribir en su diario:

<<_Está la ciencia que conozco, en la que me muevo y me siento totalmente cómoda... o la aterradora idea de la reencarnación, esa incierta y tenebrosa posibilidad de un nuevo comienzo, sin memorias, dando palos de ciego en un mundo hostil y desconocido.

_Empezando con ese traumático momento de alumbramiento, que más bien es el lanzamiento a un vacío oscuro y gélido, donde apenas conservas un hilo muy delgado que te une con tu madre, eso sí cuentas con que esa madre te quiera proteger, en ese mar embravecido de sensaciones, sonidos, colores y olores desconocidos.

Porque todo es desconocido.

Al ser engendrado, apenas un óvulo atacado ferozmente por un espermatozoide comienza el viaje.

_Nueve meses sin frío, sin hambre, sin sed, sin dolor, sin temor, sin angustia, ansiedad o tristeza, acunado y protegido en un útero, lo más parecido al paraíso que pueda existir y de repente, a punta de violentas contracciones expulsado como Adán y Eva al mundo, a la vida, al “ganarás el pan con el sudor de tu frente” que significa lucha, batalla y vuelve a luchar por cada brizna de aire que entra a tus pulmones.

Abí empieza el escabroso camino de la vida, que pone a prueba a cada minuto tu resistencia, tu creatividad y tu resiliencia.

_Encontrar a oscuras ese pezón que te alimenta y aprender a succionar fuerte para arrancar la leche que sustenta tu vida, adaptarte a la luz cegadora y a los ruidos hostiles de un mundo extraño, soportar el clima, el roce de la ropa, los abrazos, los mimos exagerados y zalameros de una romería de gente desconocida que llega para curiosarte como si fueras un bicho raro, que adulan tu belleza mientras por dentro y bajito musitan que eres feo, morado, chiquito, trompón y que de ninguna manera te parece a tu papá biológico, ese ser mítico que te observa de lejos entre cauteloso y asustado.

_Y cuando logras dormir en medio de tanto caos y tu mamá lucha por mantener un ambiente calmado con esas deprimentes sonatas de Chopin, Beethoven y Mozart, te despiertan los gritos lastimeros del vendedor, la voz estridente de la vecina o el saludo inoportuno de la visita que viene a conocer al nuevo integrante de la familia y te despiertas, con sueño y mal humor, sospechando ya que esta pesadilla se repetirá por el resto de tu vida.

Y empieza la tarea de aprender cada día algo nuevo para lograr sobrevivir.

_Sonreír, por ejemplo; pronto descubres que es muy útil para conectar con el gentío que te rodea y a la vez establecer un límite: Estoy bien, no te acerques, déjame en paz.

Pero tu gran fortaleza está en el llanto; pronto aprendes que es tu arma más poderosa de manipulación, casi infalible, que hace temblar el mundo a tu alrededor.

_Pronto descubres que la vida es una repetición constante de lo que otros ya saben hacer para poder encajar y sumergirte en la fantasía que eres autónomo, auténtico, que tienes el control, pero no.

Es bueno que entiendas de una vez por todas: Eres marioneta de un teatrín que ni siquiera logras entender.

Aprendes a caminar, a correr. Vas a la escuela, aprendes a leer, a escribir.

_Vas al colegio, a la universidad, estudias la teoría de una profesión, te cuelgas al pecho un diploma y arrancas por el mundo buscando un empleo, tratando de encajar en un engranaje social, económico y cultural, descubriendo que cada esfuerzo es poco e inútil ante ese monstruoso, competitivo y cruel mercado que destroza tus sueños de un zarpazo y te empuja al borde del abismo cada día, donde tienes que luchar para subsistir rodeado de enemigos, pero como eres un guerrero, aprendes a sobrevivir echando mano de todas las armas que has ido descubriendo en el camino.

_Pero hay un terreno en el que estás al descubierto, permanentemente expuesto y vulnerable, sin defensas, desarmado y rendido, acurrucado y perdido, sin brújula ni estrella que te guíe. Donde ni siquiera tu intuición funciona, porque aquí no hay experiencia, consejo, ni guía.

Es el terreno del amor.

Aquí estás indefenso y desnudo.

_Sucumbes ante el espejismo del enamoramiento donde nada es lo que parece, donde todo es irreal, ves con los ojos miopes del corazón y no logras alinear razón, sentimiento y voluntad.

_Todo parece luminoso y armónico al principio y solo puedes ver un cielo azul despejado que de pronto, de la nada, se tiñe con un nubarrón que ensombrece el edén que construiste.

_Al principio piensas que puedes ignorarlo, controlarlo, que la fuerza del amor es el escudo poderoso que puede impedir el avance de la tormenta y luchas, tapas goteras con tus propias manos, hasta que el desastre es inminente. La tempestad de los problemas arrasa tu paraíso, demuele la fortaleza que día a día levantaste y te deja derrotado y abatido.

¿Qué te queda?

Lamer tus heridas, sanar como puedas, recoger los añicos de tu vida, recomponerte y volver a empezar.

Y así, una y otra vez.

Porque la vida es eso. Caer, aprender, levantar.

Una y otra vez.

¿No es ese el ciclo sin fin de la vida y la muerte?, la esencia misma de la reencarnación?

Caer es la siembra; aprender es germinar: levantarse es florecer.

Y cuando te marchitas, empieza el ciclo en otro amanecer.>>

CAPÍTULO XVIII

El alma guarda recuerdos que duelen a través de los siglos. Yo personalmente lo creo, porque lo he sentido muchas veces.

No son imágenes claras ni fechas precisas, sino heridas invisibles que despiertan sin aviso.

Una opresión en el pecho, una tristeza sin nombre, un miedo antiguo que no responde a ninguna lógica.

En ese momento el refugio seguro que construimos con nuestras convicciones empieza a desmoronarse y el corazón, muy a su pesar, empieza a reconocer.

En los sueños, los límites del tiempo se desdibujan, surgen fragmentos de otras vidas, despedidas que aún duelen y promesas rotas por obra de un destino implacable.

Los años se deslizaron como un río constante, a veces manso, a veces turbulento.

Hacía ya tres años que Anna no tenía noticias de Elías.

Cuando algún recuerdo la asaltaba, se decía a sí misma que esa era una historia olvidada.

Pero muy frecuentemente esos recuerdos la venían a visitar.

Era noviembre y Anna estaba en Florencia para asistir como invitada a un congreso de Neurobiología; las actividades académicas empezaban al día siguiente, así que tenía la tarde para curiosear un poco y visitar la ciudad.

Se sentía dispersa, quizás por el largo viaje.

Clara aún no llegaba, su vuelo se había retrasado, así que estaba por su cuenta.

El centro histórico en esa época del año, con su clima suave era un verdadero museo al aire libre, cada calle, cada cúpula, parecía guardar siglos de historia; la Catedral de Santa María del Fiore, la Plaza de la Signara y la Piazzola Michelangelo.

Anna caminaba entre los turistas con la mente en otro lado y sin darse cuenta sus pasos la llevaron al Ponte Vecchio, donde se perdió un buen rato en las tiendas de orfebrería; ya entrada la tarde decidió darse una vuelta por la Università di Firenze, sólo para ver la locación del congreso y no llegar tarde y perdida al día siguiente, así que tomó un taxi que la llevó directo a la Plaza di San Marco.

En el amplio pasillo que conducía al enorme auditorio donde tendría lugar el evento se encontró de frente con la Dra. Beatrice Rossi, psicóloga italiana de voz suave y sonrisa franca, especialista en hipnosis y regresiones, que reconoció de inmediato porque había asistido a una ponencia suya sobre plasticidad cerebral el año anterior en París.

La Dra. Beatrice la abordó con gesto amable y, después de felicitarla, se atrevió a hacerle una pregunta entre profesional y personal.

—Dime Anna ¿Crees que la memoria siempre pertenece al cerebro o crees que hay algo más que no podemos explicar?

—La memoria se ubica en las conexiones sinápticas y en los circuitos neuronales ¿dónde más podría estar?

Le respondió Anna, riendo con ironía.

La Dra. Rossi la miró con calma, como quien observa a alguien que aún no está listo para recordar lo verdaderamente importante y con voz profunda le dijo:

_Pero no hay que negar que a veces las personas recuerdan cosas que no vivieron en esta vida. He trabajado con pacientes que describen épocas, nombres y lugares que al ser investigados resultan ser reales.

Anna quiso cortar el tema, pero algo en la actitud serena de la Dra. la desarmó y la charla se extendió por varias horas.

Anna, menos tensa le confió a Beatrice algunos detalles de su relación con Elías y le contó que desde su ruptura los sueños habían tomado fuerza, pero ya se había acostumbrado a coexistir con ellos.

_Son tan reales que despierto con la sensación de vivir dos vidas en paralelo.

Le contó Anna a la Dra. Beatrice.

Ese atardecer se despidió cordialmente, con una promesa de acudir a la consulta de la Dra. Rossi y tratar el tema con más detenimiento.

CAPITULO XIX

Las almas que se encuentran una y otra vez a través de los siglos pueden expresar: “Nos hemos amado en mil rostros y en todos ellos te reconocí”.

Pero recordar no siempre es fácil, implica aceptar que el pasado siempre ha estado ahí, que cada latido ha sido una señal, cada encuentro un eco y cada ausencia la promesa de un reencuentro.

Anna llegó el día siguiente muy temprano al salón principal de la conferencia que ya estaba repleto y se escuchaba en el ambiente un concierto de voces en distintos idiomas; se ubicó en su lugar y comenzó a revisar un tanto distraída su acreditación.

De pronto como un rayo, sintió el impulso de levantar la cabeza y entonces lo vio.

Elías.

El tiempo le había pintado algunas canas en la barba y finas arrugas alrededor de los ojos, pero el brillo en su mirada era inconfundible.

El la miró casi al mismo tiempo.

No hicieron ningún gesto, ni cruzaron ninguna palabra.

Se recorrieron con esa mirada profunda y larga que decía todo eso que ellos sabían.

Sintieron el mismo temblor que años atrás, como si el aire que respiraban recordara una verdad que sus mentes insistían en negar.

Anna apenas si escuchó la ponencia y a decir verdad no entendió nada.

Su mente estaba en otra parte y el corazón le latía con violencia como si temiera que al apartar la vista de Elías pudiera desaparecer de nuevo.

Al terminar, Anna salió apresurada al pasillo buscándolo entre la gente que iba y venía, pero no lo encontró, sintió que la embargaba la desesperanza y una sensación sofocante la ahogó.

De pronto una voz joven la detuvo:

_ ¿Usted es Anna?

Volvió la mirada y se encontró con un muchacho de no más de veintidós años que la miraba con timidez; se presentó como Alessandro estudiante de historia y asistente de Elías, que reemplazaba a Antonio quien por asuntos personales en Colombia no había podido acompañarlo en su viaje a Italia.

Le llevaba un mensaje:

_ El Dr. Elías me ha hablado de usted.

Le dijo a Anna mientras se le acercaba.

Ella se apresuró a decirle, restando importancia:

_ Eso fue hace mucho tiempo.

Alessandro negó con la cabeza.

_No, no habla de usted como un recuerdo. Habla de usted como.... como si fueran parte de una misma historia que se repite.

Dice que siempre se encuentran y siempre la pierde.

El Dr. Elías la espera en el Ponte Vecchio.

_El no debería...

Intentó decir Anna, pero no terminó la frase.

No quiso escuchar nada más, volvió sobre sus pasos y salió del edificio.

Sentía la sangre agitarse como un mar turbulento en sus venas; no sabía que pensar, que sentir.

¿Rabia? ¿Desilusión?

Esa noche en su hotel soñó de nuevo imágenes vagas que se confundían.

Campesina medieval, con un pañuelo en la cabeza, despidiendo a un hombre que partía a caballo.

Viajera del siglo XIX sosteniendo una carta en sus manos temblorosas.

Mujer en la guerra civil española, escondida en un sótano mientras escuchaba pasos acercarse.

En todas las escenas era ella, el mismo hombre y el doloroso adiós.

Se despertó con las lágrimas empapando la almohada.

Al amanecer Anna caminó sin rumbo por las calles de Florencia.

Sus pasos la llevaron hasta el Ponte Vecchio.

Elías estaba allí, recostado en la baranda, como si la hubiera esperado por siglos.

Se miraron en silencio, mientras el río Arno murmuraba suavemente historias perdidas.

Finalmente, fue Elías quien rompió el silencio:

_Siempre volvemos a encontrarnos aquí. No en Florencia, sino en este punto, en el borde entre quedarnos y despedirnos.

Anna sintió que todo en ella quería huir y quedarse al mismo tiempo.

_No me digas eso Elías; no me digas que somos prisioneros del destino. Al menos por esta vez pensemos que podemos elegir.

Dijo Ana, mientras Elías sonreía con melancolía.

_Yo no soy prisionero; yo he elegido buscarte vida tras vida.

Dijo Elías y Anna dio un paso atrás, confundida.

Parte de sí quería creerle y rendirse al amor y otra parte, la científica, le gritaba que todo era casualidad.

Se marchó sin responder.

Pero esa noche, con las lágrimas rodando por sus mejillas, escribió en su diario:

<<Tal vez el amor no puede medirse por ningún medio científico, simplemente se recuerda>>

Al día siguiente llamó a la Dra. Beatrice quien amablemente aceptó recibirla en su consultorio esa misma mañana.

Era una habitación bien iluminada por una lámpara cálida, sin ningún otro adorno; solo un sillón reclinable y una libreta de notas.

La Dra. Rossi le pidió que respirara profundamente y dejara que las imágenes surgieran.

Anna se dijo a sí misma que era solamente un experimento, que nada perdía, pero pronto las palabras comenzaron a salir solas de su boca:

_Una ciudad romana... hay columnas blancas.... soldados que se marchan... lo veo, es él, se gira hacia mí, tiene los mismos ojos, los mismos ojos de ... Elías.

La Dra. Rossi la escuchó sin interrumpir, tomando notas.

_ ¿Qué sientes?

Preguntó.

_Dolor. Se va a la guerra y sé que no volverá. Yo.... yo me quedo esperando.

Cuando Anna despertó del trance, sollozaba inconsolable, pero rápidamente se recompuso y dijo muy seria a la Dra. Rossi, mientras se secaba apresuradamente las lágrimas que empapaban sus mejillas:

_Fue sólo mi subconsciente jugando con recuerdos de libros de historia.

Anna ensayaba argumentos científicos, intentando convencerse, mientras la Dra. Rossi le dedicaba una sonrisa comprensiva.

_Anna, has empezado a recordar, aunque no lo quieras aceptar.

Esa noche Anna volvió a soñar, esta vez era una mujer en la edad media, arrodillada en un campo de trigo dorado; el mismo hombre, con la misma mirada, se alejaba en un caballo y como un estribillo cruel, siempre la dolorosa separación.

Al día siguiente se lo contó por teléfono a la Dra. Rossi, que la animó a seguir explorando.

_Quizás no son sólo sueños, sino memorias del alma.

Le dijo.

Anna, científica hasta el hueso se resistía a aceptarlo.

Pero en su interior empezaba a crecer una duda peligrosa; lo que había compartido con Elías no era sólo amor, era una memoria que venía de siglos atrás.

CAPÍTULO XX

Hay vínculos que no nacen ni mueren en una sola existencia. Estoy convencida de ello.

Hay amores que sobreviven a la razón y pérdidas que el alma se niega a olvidar.

Mientras uno intenta luchar con los recuerdos que afloran en sus sueños, el otro enfrenta el miedo a que el reencuentro no signifique la oportunidad de revivir aquello que nunca sanó.

Anna decidió aceptar la propuesta de una investigación en Florencia, sugerida por la Dra. Beatrice Rossi; sabía que esta investigación la llevaría por caminos que derribarían sus convicciones científicas, pero muy en el fondo quería acortar distancia con Elías y entender lo que sentía por él.

El amplio escritorio de su despacho estaba cubierto de papeles. No eran artículos de biología molecular, como habría esperado cualquiera, sino libros que nunca se habría permitido leer antes:

_Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación de Ian Stevenson.

_ El orden del tiempo de Carlo Rovelli

_Cuestiones cuánticas y cosmológicas de Stephen Hawking y Roger Penrose.

_ El universo cuántico: Y por qué todo lo que puede suceder, sucede de Brian Cox.

_ Crítica de la razón pura de Kant.

_ Tiempo y voluntad de Bergson

_ Fenomenología de la conciencia del tiempo de Husserl

_ Muchas vidas, muchos maestros de Brian Weiss

_ Registros akashicos de Federica Zosi

_ Sanación Kármica de Djuna Wojton

Y muchos otros ensayos sobre universos paralelos y memoria genética apilados unos sobre otros.

<<Esta investigación personal la hago por curiosidad académica y nada más.>>

Se decía a sí misma Anna, pero las ojeras en su rostro delataban otra cosa.

Buscaba desesperadamente una explicación para lo que sentía cada vez que veía a Elías y para esos sueños que ya no podía descartar como simples fantasías.

Una obra entre todas había acaparado su atención, Veinte casos que hacen pensar en la reencarnación, del psiquiatra Ian Stevenson, historias documentadas de niños principalmente de India, Sri Lanka, Líbano, Turquía y Alaska que afirmaban recordar vidas pasadas.

La investigación contenía entrevistas a los niños, a sus familias y a las personas vinculadas con la supuesta vida anterior.

Los pequeños describían nombres, lugares, profesiones y circunstancias de muerte que coincidían con personas fallecidas reales, con detalles tan claros que de ninguna manera habían podido conocer.

En su investigación estudió también marcas de nacimiento, cicatrices y defectos físicos que correspondían con heridas o lesiones sufridas por la persona anterior.

El estudio no daba conclusiones absolutas y sostenía que los casos no se podían explicar por casualidad o influencia cultural.

Anna analizaba detenidamente esta obra y la impresionaba que la misma no buscaba convencer desde la fe, que presentaba evidencia puramente empírica que, pese a sus férreas convicciones científicas, la llevaban a reflexionar sobre la posibilidad de la continuidad de la conciencia más allá de la muerte.

Una frase subrayada en el libro de Stevenson la perseguía:

“Los niños que recuerdan vidas pasadas suelen dar detalles verificables de lugares y personas que nunca conocieron”.

Anna no quería caer en la trampa de la sugestión, pero al mismo tiempo recordaba cada detalle de sus propios sueños.

Un día Clara llegó desde Bogotá para visitarla y se sorprendió de verla tan delgada y agotada.

—Anna, te has perdido en un laberinto. Mira nada más tu escritorio, religión, física cuántica, psiquiatría rara... ¿Qué estás buscando en realidad?

Le dijo con el ceño fruncido y Anna suspiró evitando la mirada de su amiga y arrastrando cada palabra respondió:

—Busco una explicación, algo que me permita conciliar esto que siento por Elías y esos sueños locos con la ciencia que ha sido el motor de mi vida.

Clara se sentó frente a Anna mirándola con esa franqueza que siempre había caracterizado su amistad.

— Toda tu vida buscaste certezas; y eso está bien, tu dedicación a la ciencia te dio una carrera brillante.

— Pero hay cosas que un microscopio no detecta. ¿Qué importa si es destino, casualidad o memoria de otras vidas? Lo único cierto es que amas a Elías aquí y ahora, en esta vida, en este presente y estás luchando contra esa realidad.

Le dijo Clara y Anna bajó la cabeza, rendida, cansada.

— Amiga no quiero amarlo porque cada vez que lo hago, lo pierdo, eso me dicen mis sueños una y otra vez.

Expresó Anna a punto de llorar.

Clara le tomó las manos.

— Quizás eso es justamente lo que tienes que cambiar en esta vida, llámalo romper el bucle, deshacer karma o simplemente bajar la guardia, rendirte ante la felicidad que tienes al frente y vivir. Busca en tu corazón la manera de cruzar ese puente y llegar hasta él.

Esa noche Anna volvió a soñar, se vio a sí misma como una mujer anciana, tal vez en una época futura de su vida.

Escribía en un diario; al mirar la página, reconoció la misma frase que había escrito antes:

<<Tal vez el amor no puede medirse por ningún medio científico, simplemente se recuerda.>>

Despertó con el corazón acelerado y una claridad que la asustaba; el tiempo era un círculo y ella estaba atrapada en él.

Pero ahora había una diferencia. Esta vez tenía la oportunidad de elegir.

CAPÍTULO XXI

Hay decisiones que marcan más de una existencia. ¿Crees en ello?

Algunas determinaciones las tomamos en silencio, casi sin darnos cuenta, como quien cruza una puerta creyendo que conduce a una habitación y termina en otra vida.

Pero las decisiones no siempre nacen del valor, a veces brotan del miedo, del cansancio o del amor que grita, pero aun así dejan huellas que el tiempo no logra borrar.

Hay elecciones que no se cumplen en un solo cuerpo ni en un solo tiempo, regresan disfrazadas de encuentros inevitables, de sueños incompletos, de presentimientos que aprietan el pecho sin razón aparente, como si el alma recordara lo que la memoria insiste en negar.

Mientras la memoria de Anna despertaba, algo más también lo hacía: La certeza de que amar siempre había sido su destino, pero recordar sería su verdadera prueba.

Anna encontró a Elías en la biblioteca de los Uffizi, rodeado de códices antiguos y mapas; caminó hacia él con paso inseguro, pero con la decisión de la que tantas veces había huido.

Cuando sus miradas se cruzaron, no hubo discursos académicos ni explicaciones complicadas, sólo ese silencio familiar que era su sello y su complicidad, porque después de tantas vidas, de tantos encuentros y tantas despedidas, habían aprendido a entenderse con una sola mirada.

Elías fue el primero en hablar:

— ¿Viniste para despedirme de nuevo?

— He pasado vidas buscándote.

— En unas te encontré como mi esposa, en otras pasaste a mi lado como una extraña, unas más apenas fuiste un rostro que se desvaneció entre la multitud.

— Pero siempre eras tú.

— Te perdí por culpa de la guerra, te perdí por la peste... y te perdí porque no me elegiste y ahora te pierdo porque no me crees y no me reconoces.

Anna tembló de miedo cuando preguntó con un hilo de voz:

— Y siempre termina igual?

Elías asintió con el rostro lleno de tristeza.

— Siempre nos hemos despedido.

— Unas veces te he dejado atrás porque nos separa la guerra, la peste o la desgracia y otras veces, eres tú quien te alejas de mí.

— Pero esta vez, en esta vida, he esperado por ti con paciencia, con la esperanza que al fin podamos romper el círculo y la única manera es que confíes en mí y me creas, aunque no me reconozcas.

Anna lo miró con los ojos llenos de lágrimas y con voz entrecortada por la emoción le dijo:

_He pasado toda mi vida negando lo que no puedo medir, pero ahora me doy cuenta de que lo único que no puedo negar es lo que siento por ti.

_Entonces esta vez no nos separemos, intentemos reconocernos y aceptarnos en nuestras diferencias.

Se aventuró a proponer Elías con el corazón queriendo salirse de su pecho.

Se abrazaron y el tiempo, el lugar, el peso de las vidas pasadas desaparecieron en ese mágico instante.

Eran sólo dos almas obstinadas encontrándose otra vez en una orilla del río del tiempo.

EPÍLOGO

En este punto del camino, todo parece converger: Lo que fue, lo que pudo ser y lo que todavía duele.

Porque elegir no es sólo renunciar, también es aceptar las consecuencias que nos seguirán a través de muchas vidas, como una sombra fiel.

La boda fue sencilla, se celebró dos meses después en la ermita de Montesiepi de la Toscana, cerca de la Abadía de San Galgano, donde según Elías en una vida anterior se habían jurado amor eterno. Pocos invitados, pero muchos símbolos.

Tal vez porque Elías y Anna querían dejar señales de ahí en adelante, que como una brújula les permitieran encontrarse sin tanto sufrimiento en la siguiente vida.

Elías y Anna envejecieron en paz.

Encontraron la manera de realizar sus investigaciones sin interferencias, ni conflictos.

Elías continuó sus estudios, compartiendo su tiempo entre la academia y su amada esposa a quien cuidaba con devoción y le contaba las historias de otras vidas compartidas, que ella escuchaba entre divertida y escéptica, con la cabeza recostada en su hombro.

Anna jamás abandonó su carrera científica y formó a muchos investigadores integrales a través de su fructífera vida, porque aprendió a mirar más allá de las cifras y el microscopio.

Su diario, lleno de sueños y recuerdos, se convirtió en un legado extraño, mitad ciencia y mitad fantasía.

Muchos años después, una soleada tarde, en su amada tierra colombiana, hizo su última anotación en el diario:

<<El amor verdadero no se mide por métodos científicos, simplemente se recuerda. Quizás en la próxima vida no crea, pero mis sueños siempre me llevarán de vuelta a él.>>

Cerró con cuidado su diario y lo guardó en la mesita de noche, con una pacífica sonrisa en su rostro.

OUTRO

En un tiempo distinto y otro lugar, un niño despertó sobresaltado.

Corrió hasta la habitación de su madre y, con los ojos aún velados por el sueño, le dijo:

_Mamá... soñé con una mujer. Me prometió que nos encontraríamos un día en algún lugar.

La madre sonrió pensando que era sólo la imaginación desbordada de su pequeño hijo.

Pero el niño, con la seriedad de quien recuerda algo más que un sueño, repitió:

_Lo sé, mamá. Ella vendrá a buscarme.

Así, el círculo comenzó otra vez.

... y el FIN es un nuevo COMIENZO...